

ALGO SOBRE MI POESÍA: UNA VISIÓN MUY SENTIMENTAL

OMAR LARA*

ALGUIEN AFIRMABA que una buena entrevista entre escritores es, en algún sentido, la prueba de la imposibilidad de comunicar. Nadie, continúa mi secreto interlocutor, está preparado para expresar, de buena voluntad y de buenas a primeras, cuestiones esenciales sobre sí mismo, sobre su propia obra o sobre la de los demás o los demás. ¿Será posible, entonces, intentar este diálogo entre yo mismo y ese Otro que a veces toma mi vestimenta, mi palabra, mi gestualidad, mis convicciones e, incluso, mis sentimientos?

Intentémoslo.

El año 1967 me encontraba en el mismo dilema, cuando el Grupo Trilce convocó al Segundo Encuentro de la Joven Poesía Chilena. En el primero, 1965, habíamos permanecido semiocultos, preocupados, curiosamente, de privilegiar la presencia –y la permanencia– de nuestros poetas inmediatamente mayores, sacando incluso de las sombras –como en algún chiste de un boy scout porfiado– a escritores que, como Alberto Rubio (que acaba de írsenos definitivamente) o David Rosenmann Taub (que de algún modo se nos fue hace más tiempo aún, tal vez de antes de ese Encuentro de 1965) y a quienes poco menos obligamos a mostrarse de cuerpo entero y de pluma plena. Estos últimos leyeron sus poemas inéditos y regresaron –tal vez un poco hastiados y sorprendidos– a sus escondites perfectos.

*Poeta, director de revista *Trilce*.

Pero ésa es otra historia. Sigamos en 1967.

En 1967 el Grupo Trilce tenía tres años. Yo tenía también como tres años... Es un decir, claro. Es que en 1964, muy a comienzos de ese año, había publicado mi primer librito de poesía, *Argumento del día*. Reconozco que es un libro que me emociona. Reconozco que me he portado muy mal con él. Carlos Cortínez, en un poema que me dedica, extiende con acritud su reproche, a propósito de la publicación de mi antología personal, *Memoria*, cuando me dice, refiriéndose a *Argumento del día*.

Ha adelgazado en tu Memoria
No en la mía.

Había incluido allí unos tres o cuatro poemas de ese primer libro. ¿Qué dirá ahora de *Vida probable*, donde no hay ninguno? Me he portado mal, sin duda, con un texto que fue recibido sorprendentemente bien por la crítica de ese tiempo (Jaime Concha, Hernán Loyola, Vicente Mengod, Fernando Santiván) y que en una encuesta fuera señalado como el mejor libro primerizo y el tercero en el balance total de las publicaciones poéticas. Exagerado sin duda, y lo digo con sinceridad campesina (nacé en Nohualhue, por si acaso) pero cómo, de qué espléndida manera, esa venturosa recepción me instaló en el mullido cojín de la esperanza (¿o de la confianza?) como dijo en una ocasión —con esas salidas de tan dulce trivialidad— el querido Capitán Hubert Cornelius.

Yo llegaba, pues, a ese Encuentro, antecesor de este Encuentro, desde mi argumento del día (todavía me pregunto de dónde me vino ese título sorprendente para mis dieciocho años), venía de mi aldea —vagamente odiada y deseoso de olvidar y poner muchos ríos entre ella y yo, sobre todo mucho, muchísimo amor entre ella y yo—, venía también de mis abuelos y de su abrazo que todavía me atormenta y me envuelve venturosamente. En un paréntesis debo decir que, cuando me preguntan cuáles son mis más fecundas influencias para mi escritura, he contestado —casi invariablemente, pero invariablemente en verdad desde que tengo uso de razón poética— que mis influencias más remarcables son las de mis abuelos, sobre todo la de mi abuelo paterno, y la de mis compañeros, hermanos de generación. Y menciono sin dudar ni un instante a Manuel Silva Acevedo, menciono a Gonzalo Millán, menciono a Federico, a Jaime, a Floridor, a Hernán, a Enrique, a Walter. Y juro que lo digo de verdad. Y juro también que esto de mis abuelos lo alcancé a decir antes de escuchar la mortificante historia de José Saramago, la emocionada y emocionante historia de Saramago cuando recibió el Premio Nobel y contó cómo su abuelo lo había marcado para siempre esa vez en que, a sabiendas que se iba a morir, se levantó en la fría noche portuguesa y se abrazó a todos y cada uno de los árboles que él, con sus propias manos, había plantado, despidiéndose. Mi abuelo no abrazó a sus árboles pues era

más pobre que los abuelos pobres de Saramago, pero beso día a día las tejas con que levantó la primera casa que habitamos cuando nos mudamos a la ciudad.

Es cierto que *Argumento del día* venía de otras vidas y de otras voces, tan disímiles como la voz campesina de mi abuelo Juan, la exquisita, altiva y casi devastadora de Vladimiro Maiakovski, la voz demoledora de Dostoievsky, las miles de voces de la más asquerosa y heterogénea literatura de mis primeros años de lector, donde se mezclaron los faustos y los okey, las novelas rosa y la literatura política de la tierra fugitiva, carbón, hijo del salitre, la poesía de Juvencio Valle y de Pezoa Véliz y el hallazgo rotundo y definitivo –en muchos sentidos– de la obra de César Vallejo. Recuerdo con estupor e incredulidad nuestros paseos nocturnos hasta que rayaba el alba –y a veces en verdad nos rayaba el alba– leyendo y confundiéndonos con los versos de los heraldos, de trílce, de España aparta de mí este cáliz. Vallejo no nos apartó su cáliz.

Por qué me detengo tanto en Imperial, en el abuelo Juan, en las margaritas y en los cipreses, en la glotonería de las lecturas sin ton ni son... Pues porque ahí está todo, me he dado cuenta de repente. Me he dado cuenta ahora mismo, ahorita mismo, como diría Corcuera, mientras pergeño estas líneas para salir de este paso.

Imperial es la clave de todo en mi poesía. Y el libro que ahora he empezado a pensar, a organizar, hasta a escribir mis primeros apuntes, se llama *La nueva Frontera*, un título que se me vino como tal vez se me vino *Argumento del día*, y que, partiendo de un hecho banal, casual y anecdótico, se me ha ido llenando de un sentido casi, casi paralizante. Recuerdo ahora la historia de la heroína de una novela rumana, ella es pintora, quien, al reencontrar la veta de la inspiración largamente buscada, o esperada, no irrumpe en grotescos gestos de entusiasmo sino que, pura y simplemente, con una especie de fanatismo, con el sentimiento de no poder saber cuánto le durará ese estado casi hipnótico, se entrega al trabajo con tal intensidad, con tal fatalidad, que muere. Espero que la inspiración, el hallazgo o el encuentro con mis momentos creativos no me lleven a tal extremo. No tan pronto, al menos. Me doy cuenta, pues, que esa *Nueva Frontera* no es sino un regreso obsesivo a mis reductos de infancia. Me doy cuenta que mi *Fuego de Mayo* no bastó para cerrar el círculo, me doy cuenta que en esa nueva frontera prevista por lo que al principio fue apenas un antojo, claro, un antojo de embarazado por la idea, es el enclave para un juego mayor, mayor en el sentido de completitud, no de valor poético necesariamente.

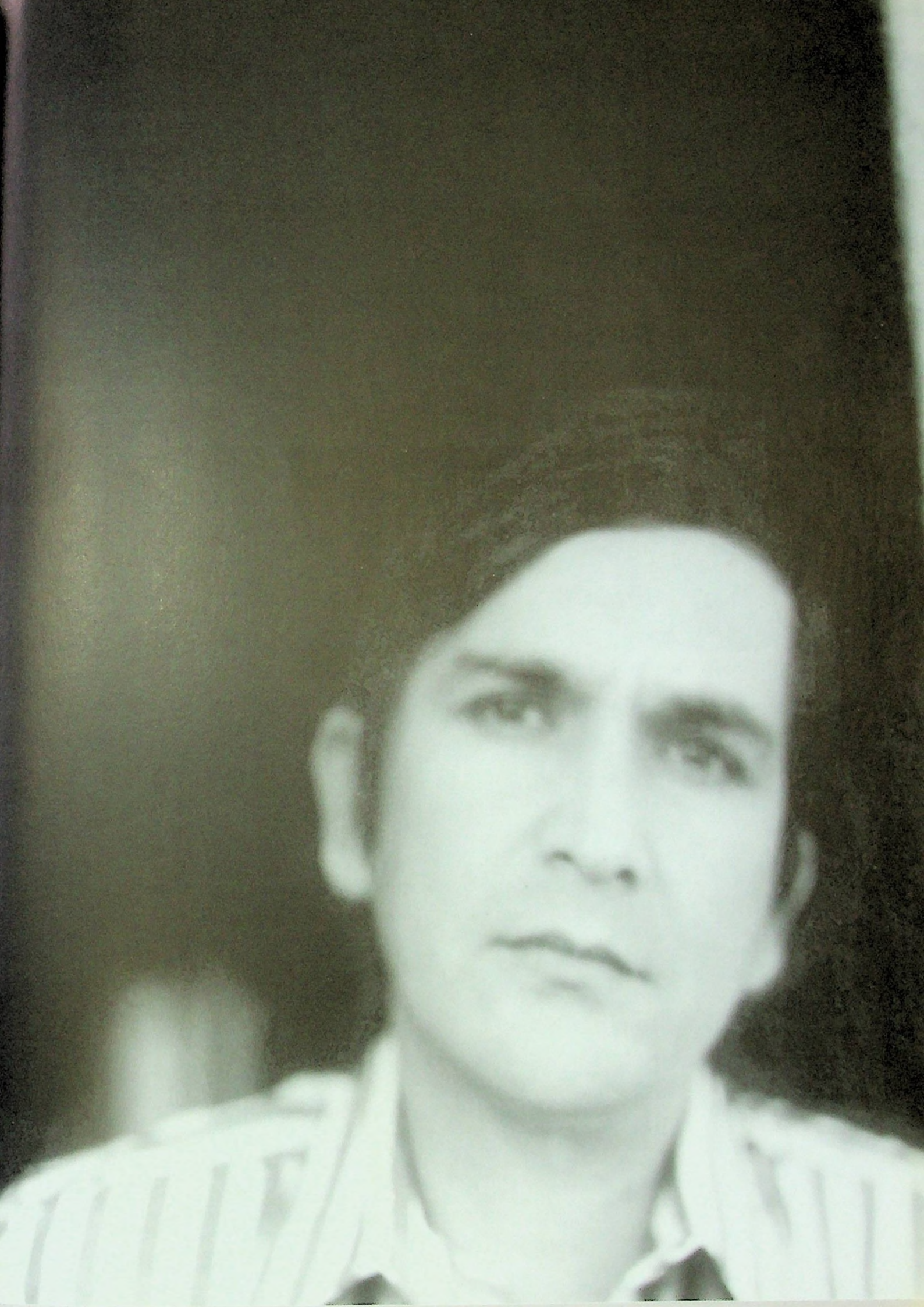
Así, pues, pienso que la poesía no es sino una cadena de preguntas. Por lo menos en el caso de mi poesía. Porque las respuestas están ya dadas. El problema, el enigma, es cuál es la pregunta que le viene a esas respuestas. Con

las respuestas yo no hago nada, las respuestas no me sirven, no me aclaran la película. Lo que yo busco son preguntas, ellas sí me enseñan y me ayudan a mejor instalarme en el lugar que ocupo transitoriamente. Es cierto también que para una respuesta se nos ofrecen, coquetas o impulsivas, muchas preguntas. Así como *Voces de Portocaliu* está ahíta de preguntas, muchas de las cuales nunca jamás encontrarán la respuesta adecuada, de las muchas que nos sacan la lengua o nos muestran los muslos, *La nueva Frontera* parte, creo yo, con la misma condena auspiciosa. Por eso, tal vez, me demoro tanto, tantísimo en la escritura, es decir, en sentarme frente a la máquina de escribir (y no frente al computador, por favor) y encolumnar palabras, como decía alguien. Durante mucho tiempo pensé que esta demora se debía a mi reconocida pereza escritural. La escritura –me decía a mí mismo, miserablemente cómplice– es el último acto del proceso poético, el menos importante incluso. Y así iba yo, conforme, pues todos los demás pasos estaban dados y muy bien dados, en esta cadena interminable del proceso de la poesía. Lo supe así hasta ahora mismo, hasta este mismo instante en que escribo frente al ordenador, porque ya son las tres de la mañana y mañana –es decir, hoy– debo leer esto y no puedo utilizar mi vieja y bochinchera Diplomat –para no escandalizar a mi familia y a los vecinos– hasta este instante en que descubro que mi pereza no es pereza sino pura y simplemente que las preguntas que me vienen y a las que debo prestar atención no parecen ser las que debieran ser.

A veces pienso, creo que lo leí en algún lado, que los poetas, alguna vez, descubrieron lo que en verdad era la poesía. Entonces suscribieron un pacto de honor que, como el pecado original, nos compromete a todos desde el momento de nacer. Y ese pacto de honor dice que el ser de la poesía, el misterio de la poesía, no debe ser develado jamás, y menos a los poetas. Y que la poesía es el instrumento por el cual, con amoroso afán, vamos ocultando y defendiendo ese tesoro innombrable, ese tesoro deslumbrante que es la poesía, sembrando aquí y acullá un reguero de falsas pistas .

Este mismo pre-texto, ¿será acaso una falsa pista para mí mismo?







Omar Lara (derecha) en Alexander Platz, Berlín, 1975.



En "La Bodeguita del Medio", La Habana, 2000.